CANFRANC

Al filo de la unión geográfica e intercultural del valle del Aragón con el valle del Aspe se encuentra Canfranc, una población dividida en dos a causa de la inauguración de un complejo proyecto finisecular como es La Estación Internacional, a escasos 4 km de distancia, en la zona llamada de los Arañones, que conoció los fastos, el auge y la decadencia en el mismo siglo XX.

Arropada por un frondoso valle, la población, a 1040 m de altitud, dista de Huesca 102 km, mientras que Jaca se encuentra a 18 km y la frontera francesa a 7 km. Al Oeste limita con el Valle de Borau, y al Este con el valle de la Garcipollera. El acceso a esta pequeña localidad altoaragonesa se efectúa de manera bastante cómoda desde la N-330, tomando dirección Francia desde Jaca.

Este lugar también es conocido como Canfranc Viejo, o Canfranc Quemado, ya que hubo de padecer dos importantes incendios, uno en 1607 y el último el 25 de abril de 1944, que devastó gran parte de la riqueza arquitectónica de la villa.

La historia del pequeño pueblo de Canfranc se escribe asociada al Camino de Santiago, vía que trajo consigo riquezas devocionales, culturales, artísticas y económicas. La villa fue fundada por el rey de Aragón Sancho Ramírez (1063-1094) para el cobro de peajes. Su estratégica ubicación fronteriza, paso obligado para los peregrinos que habían elegido la vía tolosana hacía Compostela, fue aprovechada por los monarcas aragoneses para el enriquecimiento de las arcas del incipiente reino.

La peregrinación compostelana se convierte en los siglos XI al XIII en factor de crecimiento, desarrollándose a su alrededor una arquitectura característica, pero también un urbanismo muy específico, ligado a la sencillez y la utilidad. De ahí la estructura lineal de la villa, en el mismo trazado del camino: la calle Albareda es el eje que vertebra la disposición de todos los edificios Esta vía principal articula todas las actividades del Campo Franco. No olvidemos que el Camino de Santiago se convierte en eje vertebrador del espacio en el naciente reino de Aragón, sobre todo desde 1076 y hasta finales del siglo XII.

Canfranc Viejo

El auge de las peregrinaciones motivó la sustitución de la antigua calzada romana, que atravesaba el puerto de Palo, "principal vía de comunicación entre el Alto Aragón y el Bearn durante milenios", por el puerto de Somport, cuya menor altitud ofrecía un ingreso en la península algo más favorable. Circunstancia que revirtió en un gran apogeo de esta zona pirenaica, contando la villa con una alberguería para peregrinos. Las huellas de esta conexión transfronteriza pueden rastrearse en la misma toponimia de la villa. De hecho, según Manuel Alvar, Canfranc sería "una tardía fundación… Su situación –a sólo 13 km de la famosa alberguería de Santa Cristina de Somport–, su carácter de villa artificial, aseguraban una población trashumante, heterogénea, en la que abundaría necesariamente el elemento francés".

La primera mención sobre el lugar nos lleva a un documento del primer rey de Aragón, Ramiro I (1035-1063), por el que se ceden los ingresos, de los mercados allí instalados, a la catedral de Jaca. Posteriormente, en 1095, "la condesa Doña Sancha, hermana de Sancho Ramírez, hizo libre y exento a García Sanz, a su mujer Doña Ledina y a sus hijos *tali pacto vel tali tenore ut teneatis illa alvergueria de Campo franco ad seruicium pauperum vel peregrinorum in omni vita tua*", según cita Manuel Lucas Álvarez basándose en los escritos de José María Lacarra.

Asimismo, el rey Alfonso II de Aragón otorga en 1170 a los habitantes de Canfranc los puertos de la zona: *Placuit mihi liventi animo et spontanea voluntate propter servicia que mihi fecistis, quod dono, laudo atque concedo uobis illos portos quid uocantur Ip, Esaman, Samanet, e Cuisella e los Collets, e las Benollas et el Pichet et dono a uobis cartam,* y les concede el privilegio de no pagar lezda *et donativum et securitatem sicum homines de Iacca habent, quod non detis leztam*. Este documento es el primero de una serie de privilegios que los reyes de Aragón conceden a este lugar con la intención de aumentar su población y defenderla, como interpreta Luis Boya y Saura en su recopilación e inventario de los documentos del Archivo Municipal de Canfranc. Esta concesión de privilegios cesa en la Baja Edad Media con el conocido de Rota y Porta, "privilegio en virtud del cual la cantidad que percibían los habitantes de Canfranc por el derecho de Porta, que llevaba consigo la conservación de los caminos o pasos del Pirineo en esta zona, se debería hacer en adelante cada tres años en lugar de cinco", como era hasta ese momento, según los datos que nos aporta Manuel Lucas Álvarez.

El nacimiento de Canfranc estuvo ligado, como vemos, a un momento de auge devocional en el que la religión era abanderada de la cruzada hispana. La articulación de todas sus actividades alrededor de esta circunstancia permitió su crecimiento y auge, pero, la progresiva conquista de territorios hacia el sur fue eclipsando la devoción presente en el norte, terminando por diversificarse la religiosidad, y todo aquello que la rodea, hacía mediodía.

Santa María la Real fundación

El puente de peregrinos

Poco antes de llegar al pequeño municipio de Canfranc se observa una entrada a la derecha que conduce directamente a esta deliciosa obra de ingeniería medieval. En este angosto enclave formado por el río Aragón se proclamaba imprescindible la construcción de una obra que salvase cómodamente el paso de una orilla a otra, y facilitase así el descenso de peregrinos a través del valle en su ruta hacia Santiago.

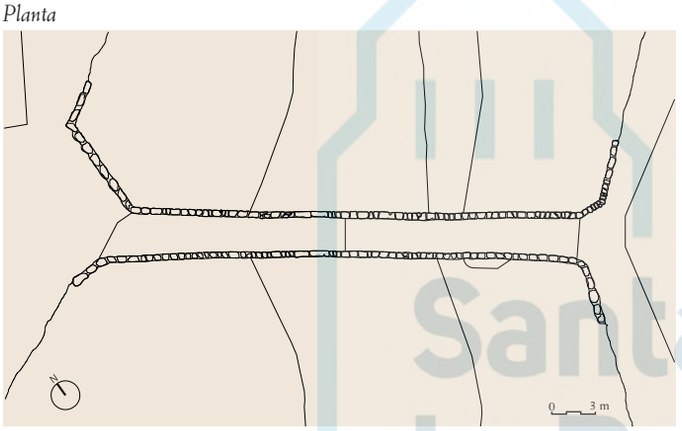
Aparte del apelativo "puente de peregrinos", otros son los nombres que recibe este emblema del Camino de Santiago aragonés, como por ejemplo puente del cementerio, dada su cercana ubicación, o puente de abajo (al Norte existe otro puente, conocido como "el de arriba", de origen medieval aunque intensamente reformado); mientras que algunos documentos lo citan como *Pon Nou*.

Resulta interesante la amalgama de aspectos de diversa índole que confluye en torno al levantamiento de un puente. María Teresa Iranzo profundiza en sus estudios acerca de las dimensiones técnica, económica, jurídica, administrativa, social e incluso religiosa o supersticiosa que impregnan estas sofisticadas construcciones. "En sentido estricto, el puente es un elemento de la infraestructura material de las comunicaciones y, como tal, indicativo de la capacidad de una formación social para resolver un problema concreto que tiene implicaciones inmediatas en sus actividades comerciales y en la jerarquización del hábitat humano" explica Iranzo.

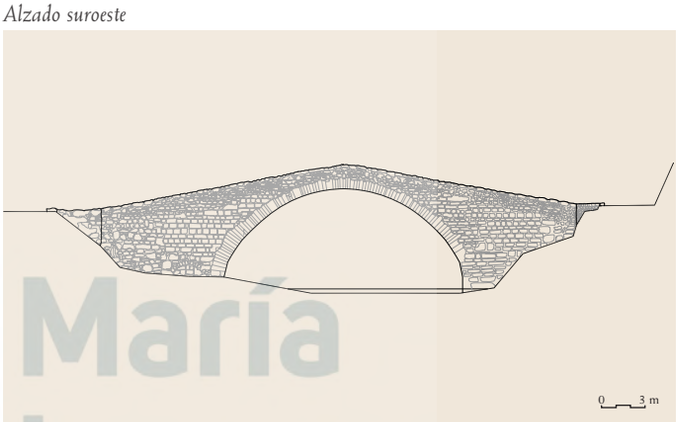
Evidentemente, es el Camino quien define la necesidad de esta obra, pero también es él mismo quien va a mantenerlo, al insertarse en todo un complejo entramado jurídico-administrativo (pontazgos, lezdas). La inversión económica desplegada en su construcción se equilibra con la explotación del mismo por parte de esa misma clase poderosa que lo ha levantado, a través del cobro de diferentes impuestos, o mediante la definición de cuerpos de mantenimiento (ponteros, cofradías, etc.) entre otras.

Puente de los Peregrinos

Planta



Alzado suroeste



Santa María la Real fundación

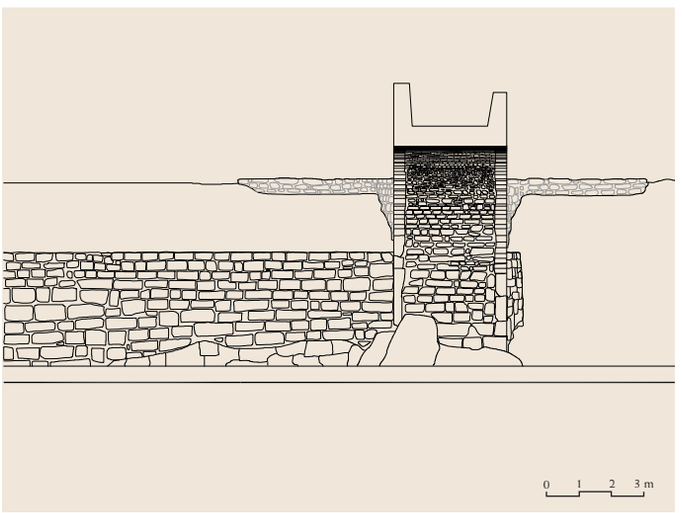
Uno de los rasgos más interesantes relacionados con la construcción de estas obras de ingeniería es aquel referido a su dimensión mágica; ganar la batalla a la naturaleza salvando ese obstáculo peligroso genera toda una serie de mitos y leyendas ligadas a una de las características más destacadas de estas construcciones: su perdurabilidad. Ese aspecto eterno le otorga cierto halo de santidad, religiosidad, magia, como quiera llamarse, que despierta en la población el respeto hacia una obra de tránsito, no sólo físico, sino también espiritual.

Regresando a la obra concreta, se dirá que sorprende por su presencia, su magnífica conservación y su resistente fortaleza ante el caprichoso caudal del río Aragón, a pesar de haber perdido su primitiva función, aquella que le dio la vida y que hoy es sinónimo de ruina y olvido para la mayoría de estas joyas hidráulicas. Anejo al camposanto de la villa, el arco de medio punto rebajado se alza airoso, dibujando el característico perfil en "lomo de asno".

Los peregrinos que seguían la ruta hacia Jaca debían tomar la orilla izquierda en este tramo, Canfranc-Villanúa, dadas las condiciones del terreno en la época; de ahí la construcción de sendos puentes en ambas localidades. Recorrerlo supone 35 m en total, teniendo en cuenta que la distancia máxima del puente hasta el río es de 9 m, así como los 2,33 m de anchura útil en la propia calzada, salvando el grosor de los pretiles (39 cm por parapeto), tal como explica Adolfo Castán Sarasa.

A un metro del suelo arranca la luz del arco de medio punto, de manera que las dovelas comienzan a disponerse alrededor de una hipotética cimbra desde esa altura. Se observan las hiladas de piedra sillar en la base, y sillarejo y mampuesto en el resto. Asimismo, junto al arco de gran luz central, se vislumbra un segundo ojo hoy cegado, bastante más pequeño, junto al estribo más cercano al camposanto. Posiblemente tuvo la función de canalizar el agua de una acequia, y no la de servir de aliviadero dada su escasa anchura y capacidad de desagüe. Subiendo la rampa, y alcanzada su cumbrera, un escudo, cuya inscripción reza, RAMON ME FECIC AÑO 1599, se conserva en su pretil.

Detalle de la calzada sobre el puente



Sección transversal

Existen controversias acerca de su adscripción románica, sobre todo tras la publicación de una colección documental sobre trabajos realizados en el Alto Aragón por Manuel Gómez de Valenzuela, donde aparece una capitulación con fecha del 7 de julio del año 1599 (año que aparece en el escudo del pretil), que explica la necesidad "de redificar el puente de la dicha villa llamado *Pon Nou* el qual ha derribado una avenida del rio Aragon". El documento expone una a una las tareas a las que debía enfrentarse el maestro bearnés Ramón de Argelas: "haya de ser y sea tenido y obligado a reedificar la dicha puente llamada Pon Nou y darlo en perfección acabado a conocimiento de oficiales y de dichos jurados de la dicha villa hasta de aquí a por todo el mes de Setiembre primero viniente del año presente mil quinientos noventa y nuebe y en la fabrica y construcción del pilar de la parte de alla del rio haya de hazer y haga un estribo o ala desde dicho puente o pilar hasta la peña que esta a la parte de arriba a diez y ocho pasos de dicho pilar poco mas o menos y del altario necesario y para defensa de dicho puente y estribo y también a la parte vaxa otros estribo de la manera que convenga para la seguridad de todo y haya de hazer las caras de toda la obra de piedra picada salvo las canteras y respaldos de arriba de dicho puente".

Si bien el románico embellece una época que se caracteriza por la ausencia de fuentes primarias que abran luz en las frecuentes nebulosas cronológicas, los autores coinciden en dar un origen medieval al puente de Canfranc (unos lo datan en el siglo XII, otros en el siglo XIII), mas no se pueden obviar las noticias que informan sobre el devenir de la obra, las vicisitudes y reformas que dejan su impronta, que no dejan de ser historia y parte del monumento, sus señas de identidad, su vida.

Texto: LAG - Fotos: JNG - Planos: VGG

Bibliografía

AA.VV., 2010, pp. 34-35; Acín Fanlo, J. L., Centellas Salamero, R. y Sancho Royo, J. (coords.), pp. 171-175; Agero, J. (coord.), 1993, II, p. 24; Alvar, M., 1944, nº 13-14; Aramendía, J. L., 2003a, p. 186, fig. 316; Álvaro Zamora, I. e Ibáñez, Fernández J., (coords.), pp. 11-15, 43-52; Arco y Garay, R. del, 1942, I, pp. 88, 323, 336, 337; Arenas de Pablo, J. J., 2003, p. 226; Betrán Abadía, R., 1999, p. 15, 21, 25, 38, 41-43; Biarge, F., 1994, pp. 1-3; Blázquez, C. y Sancho, T., 1999, pp. 5-7, 84-90; Blázquez Herrero, C. y Pallaruelo Campo, S., 1999, pp. 13, 28-29; Boya y Saura, L., 1933 (1972), pp. 9, 11, 15, 21-32; Castán Sarasa, A., 2010, nº 8769; Castán Sarasa, A., 2011, nº 27; Cobreros, J., 1993, pp. 200-201; Durán Gudiol, A., 1973, pp. 47-48; Enríquez de Salamanca, C., 1974, pp. 8, 10, 45, 50, 51; Enríquez de Salamanca, C., 1983, pp. 147-148; Enríquez de Salamanca, C., 1987 (1993), p. 51; Enríquez de Salamanca, C., 1991, p. 49; Gómez de Valenzuela, M., 2006, pp. 263-264; Iranzo Muñío, M. T., 1983, nº 5; Iranzo Muñío, M. T., 1997, nº 3; Iranzo Muñío, M. T. *et alii*, 2005, pp. 70, 71, 72, 75, 105, 116, 117, 157; Labaña, J. B., 1619, pp. 33,42; Ledesma Rubio, M. L., 1991, pp. 32-33; Margalé Herrero, R., 1999, pp. 25, 31-41; Madoz, P., 1845-1850, (1997), pp. 154-155; Navarro, V., 1965, nº 275; Ona González, J. L. y Sánchez Lanaspa, S. (coords.), 2004, pp. 328-330; Ona González, J. L., 2010, pp. 28-33; Ortas Durand, E. y Sánchez Sanz, E., 2009, pp. 35-48; Passini, J., 1988, pp. 15-17; Passini, J., 1989, pp. 5-6; Passini, J., 1993, pp. 39-43, figs. 17-23, 35, 36; Quadrado, J. M., 1844 (1974), p. 187; Rubio Benito, M. T., 1998, nº 11; Sesma Muñoz, J. Á., 2006, nº 216; Sobrino González, M. (coord.), 1999, p. 14; Ubieto Arteta, A., 1984, IV, pp. 345-346; Ubieto Arteta, A., 1993, pp. 54, 67, 72, 80, 82, 84; Vázquez de Parga, L., Lacarra, J. M. y Uría Riu, J., 1948-1949 (1998), II, pp. 30, 421; Zapater, A., 1986, III, pp. 708-710.